

Presente y futuro de la humanidad *

Ernesto Mayz Vallenilla

El presente y el futuro de la humanidad —hasta donde sea posible adelantar su pronóstico sin caer en un ingenuo profetismo— dependen del desarrollo de la técnica. Pero el quehacer técnico —tal como hoy se exhibe en cuanto actividad dirigida hacia el dominio de la *alteridad en general*— no tiene en nuestros días un significado inequívoco, ni una modalidad operativa única y exclusiva, unánimemente aceptada por todos los hombres.

En tanto que actividad humana, el quehacer técnico es eminentemente histórico. Y, como tal, se halla expuesto a sufrir o a provocar las transformaciones que el propio hombre promueve mediante las obras de su libertad. Ello determina que su sentido y sus metas se encuentren en íntima relación con los cambios experimentados por la epistemología y la ontología de su época. La tesis primordial de esta ponencia —consciente de semejante hecho— pretende mostrar que vivimos un momento decisivo en la evolución histórica de la *ratio technica*... cuyos rasgos tendrán una influencia paralela en el presente y futuro de la humanidad. En tal sentido, a nuestro juicio, nos

* Ponencia leída en una sesión plenaria del XVIII Congreso Mundial de Filosofía celebrado en Brighton durante los días 21-27 de agosto de 1988. Agradecemos al filósofo venezolano Ernesto Mayz Vallenilla el que nos haya autorizado publicar en *Diálogo Filosófico* esta ponencia con la que se estrenó el español como lengua oficial en los Congresos Mundiales de Filosofía. Fruto de su prolongada actividad docente e investigadora son 33 obras publicadas hasta 1984. Aprovechamos la ocasión para mencionar las más directamente filosóficas, editadas por la Universidad Central de Venezuela o por otras instituciones: *La idea de la estructura psíquica en Dilthey* (1949), *La enseñanza de la filosofía en Venezuela* (1953), *Fenomenología del conocimiento* (1954), *Ontología del conocimiento* (1960), *El problema de la nada en Kant* (1966), *Del hombre y su alienación* (1966), *Hacia un Nuevo Humanismo* (1970), *Técnica y humanismo* (1972), *Esbozo de una crítica de la razón técnica* (1974), *La pregunta por el hombre* (1974), *Hombre y naturaleza* (1975), *¿Es el poder del hombre ilimitado?* (1977), *Técnica y libertad* (1978), *El dominio del poder* (1982), *Ratio technica* (1983), *El sueño del futuro* (1984).

hallamos situados en una excepcional coyuntura donde aquella transición ocurre y (si se nos permite así decirlo) somos nosotros mismos, los hombres de este tiempo, protagonistas y testigos de una revolución que aún no logramos comprender ni avizorar en toda su complejidad y trascendencia.

Efectivamente: frente a la modalidad hasta ahora prevaleciente de la técnica —de estilo y límites antropomórficos, antropocéntricos y geocéntricos— comienza a insinuarse, en nuestro propio tiempo, un nuevo proyecto y modelo de ella cuyo *logos* pretende transformar y/o traspasar aquellos límites (modificando *eo ipso* el estilo del quehacer técnico) con la finalidad de acrecentar el poder de que dispone el hombre más allá de las fronteras que le imponen su ingénita constitución somato-psíquica y la capacidad cognoscitiva sustentada en ésta.

Pero no es fácil advertir (y menos explicar) no sólo los detalles, sino incluso los contornos y el sentido general de esta contienda. A fin de ilustrarla, elegiremos en nuestra exposición el ejemplo del espacio (aunque para semejante elección priven, además, razones preeminentes y fundamentales) a fin de mostrar cómo, al incidir sobre la ordenación y conformación de la *alteridad espacialiforme*, el *logos técnico* y el *metatécnico* provocan radicales diferencias en la noción misma del espacio, afectando paralelamente a todas las instituciones humanas (lingüísticas, ontológicas, morales, científicas, políticas, etc.) donde el propio *instituir* se basa en un ingrediente o contenido *espacialiforme*.

1. Espacio óptico y espacialidad meta-técnica

Uno de los rasgos fundamentales que distinguen a la *ratio technica* —tal como ella se manifiesta en nuestro tiempo en contraste con la que posibilitaba el primigenio modelo técnico que prevalecía hasta hace poco— es el radical cambio introducido por su acción y sus productos en la noción o concepto del espacio. En efecto: al ser aquel espacio visualizado, organizado y construido a partir de la *categoría de función* —en oposición abierta a su ordenación hecha por la *categoría de sustancia* y/o con la ayuda de criterios basados en la misma— no sólo es posible detectar una básica modificación de su significado conceptual, sino una concomitante variación que se refleja en la espacialidad concreta y real de los fenómenos donde aquella noción se exhibe e incorpora.

De tal manera, en lugar de representarse el espacio como un agregado de puntos, elementos o átomos, yuxtapuestos o contiguos entre sí, hoy se concibe y maneja aquél como una estructura funcional o sistémica, que forma un campo o totalidad dinámica, cuya sinergia determina sus eventuales formas y límites. Careciendo de todo fundamento o residuo sustancial, las características que ostenta la espacialidad en nuestro tiempo son radicalmente distintas —y, a veces, hasta opuestas— a las que exhibía su noción

cuando era pensada o establecida desde su anterior soporte.

Pero la transformación operada en la noción del espacio no se reduce a este simple cambio de categorías. En un plano más profundo y determinante, lo que ha comenzado a mudar en nuestros días ha sido la propia índole del *logos ordenador* y *conformador* del *espaciar* posibilitado por la técnica... introduciéndose con ello modificaciones o transmutaciones, paralelas y radicales, en la estructura epistémica y ontológica de su tradicional noción.

Uno de los rasgos más peculiares de la *meta-técnica*, en tal sentido, radica en su intento de crear o producir una modalidad de *logos* o *pensar no humano* —transhumano, meta-humano— cuyas formas, leyes y principios, no son idénticos ni similares a los que informan y sostienen el discurso humano. Para lograr tal finalidad, no sólo se recurre a la variación, modificación o alteración de la constitución y funcionamiento ingénitos de los sensorios cognoscitivos del hombre, sino a la sustitución de éstos por instrumentos o aparatos en cuyos mecanismos y operaciones puedan quedar eliminados (y/o ser reemplazados por otros) aquellos sensorios... produciéndose en consecuencia un *logos* o *pensar meta-humano* —no antropomórfico, antropocéntrico ni geocéntrico— cuyos correlatos configuran una *alteridad trans-humana* y *trans-finita*.

Semejante *alteridad*, por esto mismo, en vez de hallarse ordenada según los cánones espacio-temporales del *logos humano* (extensión metrificada) encarna la expresión de una *trans-realidad* en la cual —actuando como *logos* constituyente el ordenamiento impuesto por un instrumento o aparato desantropomorfizado, que reemplaza al clásico «sujeto» del tradicional esquema epistemológico— pueden quedar subrogadas o abolidas las características espacio-temporales (ópticas y métricas) proyectadas sobre la *alteridad* por los sensorios humanos ingénitos.

En lugar de tales características —sustituyéndolas, modificándolas, transformándolas— aparecen entonces, en el perfil de la *alteridad*, otros rasgos (provenientes de vertientes ordenadoras táctiles, olfativas, auditivas, etc., no necesariamente antropomórficas) que, a la par de ampliar el tradicional espectro epistemático, introducen radicales cambios en la textura y significación de la *alteridad*.

Lo que así expresamos —antes que ser el producto de una fantasía o un mero sueño de ciencia-ficción— es la simple descripción de conquistas meta-técnicas que ya el hombre utiliza en algunos de los instrumentos construidos para ampliar y profundizar su dominio sobre la *alteridad*. Efectivamente: en lugar de los clásicos microscopios o telescopios —diseñados y construidos para utilizar ondas luminosas y potenciar, mediante el empleo de espejos y cristales, la constitución y funcionamiento del ojo humano— hoy el hombre «ve» sirviéndose de ondas sónicas o invisibles para su propio ojo, tal como lo ilustra el uso del sonar o de los instrumentos que emplean el ultrasonido para lograr una «visión» más perfecta que la proporcionada por otros artefactos simplemente antropomórficos.

Lo mismo sucede —para citar sólo ejemplos harto conocidos— en el caso de los misiles que persiguen y localizan sus objetivos utilizando dispositivos térmicos (valga decir, ordenando u organizando *térmica*, que no *ópticamente*, la *espacialidad*)... tal como acontece, por lo demás, entre algunos reptiles. Nada obsta entonces para que, en forma paralela, superados los límites del antropomorfismo y el antropocentrismo, pueda aquella *espacialidad* ser ordenada *odoríficamente* (como ocurre en el caso de ciertos insectos)... o mediante insospechadas modalidades de un *logos trans-humano* y *trans-finito*, capaz de instituir la *alteridad en general* bajo la forma de una *supra-naturaleza* que no responda a los ingénitos patrones antropomórficos, antropocéntricos ni geocéntricos, que hasta ahora habían prevalecido en el trato epistemático del hombre con su *alteridad* connatural.

Porque también, complementariamente, hay otro aspecto que reviste decisiva importancia en relación con aquella *supra-naturaleza* construida y diseñada por la *meta-técnica*. En efecto: si la técnica primaria utilizaba en sus instrumentos de conocimiento y dominio sólo las fuerzas o energías ingénitas que ofrecía la naturaleza encerrada en los límites de nuestro planeta, la *meta-técnica* puede servirse de un tipo de energía o fuerza que —posibilitada por aquella misma *supra-naturaleza* fabricada por el hombre— no quede sujeta a los límites de las energías estrictamente ingénitas y terrenales.

Esto significa —escuetamente enunciado— dos cuestiones distintas pero conexas entre sí, a saber: 1.º) que con la creación de la *supra-naturaleza* pretende el hombre romper la estructura originaria (y limitativa) que la naturaleza ingénita (y/o sus connaturales energías) presentan en nuestro planeta; y 2.º) que intenta, a su vez, crear nuevas estructuras y reordenamientos de la materia mediante los cuales obtener el dominio de la naturaleza en total, valga decir, en un sentido estrictamente galaxial.

II. Alteridad y Meta-técnica

Todo lo anterior se deriva —así se advierte fácilmente— de la transformación y/o superación experimentada por el *fundamento óptico* (y, por ende, *métrico*) que hasta ahora había prevalecido en la ordenación y organización *espacialiforme* de la *alteridad*. Su modificación y/o sustitución por una *espacialidad meta-técnica* significa *eo ipso* un cambio radical en el significado y alcance de las determinaciones epistemológicas y ontológicas de aquella *alteridad*.

Pero no son inocentes ni triviales las consecuencias que de esto se desprenden. En efecto, si intentamos sistemáticamente revisar las instituciones humanas donde aquella revolución se refleja, es necesario acusar que su impronta afecta y/o debe ejercitarse, de un modo primordial, sobre la propia etimología, estructura y sintaxis del lenguaje. A partir de éste, casi en forma automática, su influencia incide y provoca modificaciones en los conceptos fundamentales de la ontología, en la metodología y bases de la ciencia, así

como en los sistemas categoriales que sostienen las diversas (aunque afines) culturas de común basamento óptico-espacial. Sean cuales fueren éstas, la modificación de su subrepticio fundamento espaciiforme se extiende y/o debe afectar igualmente a sus instituciones morales, políticas y jurídicas, a la par que a los usos, costumbres y tratos cotidianos, que se hallan sustentados por una interpretación óptica de la *alteridad*.

La transformación del fundamento óptico-espacial de la *alteridad* —dicho en la forma más directa y sencilla posible— significa paralelamente un cambio radical en su basamento dóxico de sustentación... lo cual, a su vez, plantea la urgente necesidad de acuñar un repertorio de categorías y principios (absolutamente distintos a los actuales) con que enfrentarnos, acceder e interpretar a este nuevo e inédito mundo que ante nosotros se despliega.

No es posible en una exposición como ésta —limitada en todos los sentidos— intentar siquiera ilustrar el vasto panorama de problemas que hemos insinuado. Cada uno de ellos —para ser elucidado— requeriría profundas, complejas y prolijas investigaciones, así como sutiles análisis lingüísticos y conceptuales. Con la única intención de señalar algunos de los más llamativos aspectos que —como indicios y estímulos— nos han servido para aproximarnos a la intelección primordial que sostenemos, quisiéramos dejar constancia de lo siguiente:

1.º En relación al lenguaje, como tal, es posible advertir y comprobar fácilmente que, desde un punto de vista semántico, la mayoría de las significaciones lingüísticas —tanto del habla cotidiana, como del lenguaje tecnocientífico y hasta metafísico— cobran su génesis a partir de determinaciones óptico-espaciales (y/o, derivadamente, temporales) a las cuales posteriormente quedan tácitamente referidas.

Es más: las reglas sintácticas que vertebran el lenguaje tienen como horizonte lógico e ideal —valga decir, como fundamento racional de las mismas— a una *ratio* o *logos* que se nutre, a su vez, de una concepción del espacio y del tiempo que se da por supuesta y evidente. Efectivamente: todos los principios lógico-sintácticos tienen como horizonte de sentido, sustento e inteligibilidad, la concepción sustancialista de la *alteridad espacio-temporal* que recoge Aristóteles.

Piénsese —por simple vía de ejemplo— en lo que son y/o significan la *afirmación* y la *negación*. Ellas son —como Husserl las designa— *posiciones* («Setzungen», «Positionen»). Ahora bien: toda *posición* requiere un *espacio* (lugar, sitio, ámbito) en que *posarse, sostenerse, situarse*. Dentro de tal *ámbito espacial* se verifica el *movimiento* o *in-tención* (también *espacialiformes*) que definen al contrapuesto esquema espacial de la *negación* y de la *afirmación*. Así, en rigor, se patentiza mediante una brevísima acotación semántica y etimológica:

a) la *negación* y/o el *acto de negar* (en griego ἀπόφασις); en alemán *Ablehnung*) significan —al menos en su capa judicativa o preposicional— *separar, alejando, algo de algo* (cfr. ARISTÓTELES, *De Interp.*, 17 a 26). Semejante *separar* —en lo cual, como es evidente, se supone un *espacio*— se realiza mediante un *distanciar, rechazar, o no admitir... excluyendo* de un determinado *ámbito* o *esfera* aquello que se niega. Tanto el prefijo griego ἀπὸ, como la partícula alemana *Ab*, denotan por esto un claro sentido espacialiforme: el que se traduce precisamente en el *separar y alejar* contenidos en la primigenia significación aristotélica;

b) lo mismo sucede —aunque en opuesto sentido— en el caso de la *afirmación* y/o del *acto de afirmar*. La *afirmación* —que en griego se expresa con el término κατάρσις y, en alemán, con el *Zustimmung*— en lugar de *separar*, según Aristóteles, *une* dos términos (cfr. *De Interp.*, 17 a 25)... lo que también, como es evidente, deja traslucir un significado *espacial*. *Unir*, en efecto, significa *reunir: co-locar* una proposición *al lado de otra*, verificar su *admisión* o *in-clusión* en un determinado *ámbito* o *esfera*. El prefijo κατὰ posee, a este respecto, un claro sentido espacialiforme. Significa, como preposición, *desde arriba hacia abajo*, o simplemente *hacia*. Esto señala la *dirección espacial* en que se realiza la *unión* o *reunión* de las proposiciones en la *afirmación*. Igual sentido espacialiforme tiene el término alemán *Zu*, al señalar un movimiento de *coincidencia* (*Zu-stimmung*) en un determinado *punto* o *lugar...* por supuesto *espacial*.

Ahora bien: ¿en qué se transforman la *afirmación* y la *negación* si a ellas se las despoja de ese sentido espacialiforme —de exclusiva raigambre óptica y sustancialista— que nutre y sostiene sus significados? ¿En qué se convierte un *lenguaje* si su *sintaxis* no cuenta con los valores y/o el sentido de la *negación* y de la *afirmación* tradicionales?

2.º Pero eso que se insinúa en relación al lenguaje y a sus normas sintácticas, se constata y confirma plenamente si se analizan los conceptos básicos de la ontología y las correspondientes determinaciones epistemológicas que les sirven de base.

No es casual, en tal sentido, que una de las más viejas y venerables formulaciones onto-lógicas de la filosofía occidental —la parmenídica— se inicie con una plena y definitiva identificación entre el Ser y el Pensar... entendido este último bajo un término cuya prosapia, si bien tiene innegables conexiones con lo inteligible del conocimiento, las tiene así mismo con la actividad propia del ver y/o del percibir sensibles. το γὰρ αὐτὸ νοεῖν ἐστὶν τε καὶ εἶναι, dice el tercer fragmento del célebre poema parmenídeo (H. DIELS—W. KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, I Bd., p. 231). A lo largo del mismo, doquiera se encuentre el término νοεῖν, éste se halla en indisoluble conexión con los δελγος y δν (εἶναι), así como los de νοος, νοημα y ἀληθεύω. Pero asimismo no puede parecer extraño que, dada la significación sensible

que tiene aquel νοεῖν, Parménides compare al Ser con una esfera (σφαῖρα)... cuyos atributos —perfectamente homogéneos y equilibrados dentro de sus límites visuales (περαῖς)— testimonian ostensiblemente la pretendida superación de las im-perfecciones finitas del ver y/o del percibir en cuanto tales.

2-a) Pero esta presencia de ingredientes ópticos que se advierte en la concepción parmenídica del Ser (cuyas transformadas huellas no resultan difíciles de rastrear en posteriores pensadores) se reitera y comprueba —incluso con mayor claridad— en un campo distinto aunque paralelo al anterior.

Efectivamente: ya sea que el concepto de Ser se tome en un sentido *predicativo* (y, en consecuencia, se examinen los procedimientos doctrinarios mediante los cuales se establece la significación de la cópula); ya sea que aquel concepto se tome en un sentido existencial (y, como resultado, se analicen sus caracteres, formas, modos y momentos)... en ambos casos, sin excepción, es posible detectar manifiestos ingredientes óptico-espaciales, subyacentes en cada una de sus etimologías y significados.

Así se comprueba, por ejemplo, si examinamos etimológicamente las propias designaciones con que se distinguen los ya mencionados procedimientos que interpretan el significado copular. La doctrina de la *inherencia*, en tal sentido, se basa en el *in-berir* (in-esse, ὑπέρχεσθαι); la de la *suposición* lo hace en el *sub-poner* (sub-positio, ὑποθεσθαι); y la de *relación* con el *com-poner* (com-positio, συνθεσθαι)... cuyas connotaciones espacialiformes son evidentes.

Lo mismo encontramos si, brevemente, nos dedicamos a escudriñar y analizar los *caracteres* que se le atribuyen al Ser como resultado de la aniquilación de sus límites sensibles (περαῖς); o lo que expresan y revelan sus *formas* (tales, vgr., como las de «en sí», «fuera de sí» o «para sí»), o sus *modos* (por ejemplo, lo *posible* o *necesario*, derivados ambos, tanto en griego como en latín, de raíces dotadas de un significado eminentemente óptico-espacial); o, por último, sus *momentos*, si por tales entendemos su determinación como *existencia* (del latín *ex-sto*) y/o como *accidente* (de ac-cido), cuyos ingredientes espacialiformes son también manifiestos.

2-b) Con no menor importancia que en el concepto de Ser, propiamente tal, es posible rastrear vestigios de los ingredientes óptico-espaciales en las determinaciones epistemológicas que le sirven de basamento al mismo. A fin de abreviar los ejemplos, sólo mencionaremos el caso de la célebre oposición entre *fenómeno* y *noúmeno*. Así como en el primero es resalante la presencia de verbo griego φαίνω —y, por supuesto, la intervención de la luz (φῶς), como agente patentizador de lo visible—, el término *noúmeno* proviene de νοῦς y éste del ya comentado νοεῖν.

Refiriéndose a este último —como expresión del *ver en general* ha sido Husserl, en nuestro propio tiempo, quien ha reivindicado para el mismo la suprema condición de ser fuente dadora y legitimadora de todas las afirmaciones racionales. Así lo afirma textualmente en *Ideen* (1,19): «Das unmittel-

bare "Sehen" (νοεῖν), nicht bloss das sinnliche Sehen, sondern das Sehen überhaupt als originär gebendes Bewusstsein welcher Art immer, ist die letzte Rechtsquelle aller vernünftigen Behauptungen».

3.º Si los ingredientes óptico-espaciales inficionan los más elevados conceptos ontológicos y epistemológicos del quehacer filosófico, fácil es colegir que su influencia debe hallarse presente no sólo en el diseño de las instituciones sociales (políticas, jurídicas y culturales) creadas por el hombre, sino también en los propios valores que sustentan aquéllas.

3-a) Así, en efecto, acontece. Ya sea en las raíces epistemológicas que definen al fenómeno de la posesión y/o propiedad en términos jurídicos (*possideo* es un sinónimo de *occupo* y éste se deriva de *capio*: asir, agarrar, mantener algo en el espacio cerrado del puño); como en la noción territorial de la soberanía en cuanto sustento espacial del Estado; o en el espacio común del encuentro y reunión de los fieles que se anuncia en el término *ἐκκλησία* o *ecclesia* (contionis locus); hasta llegar a la presencia del *claustrum* —en cuanto espacio ocluso o cerrado— que refleja no sólo el estilo de una vida monacal sino que determina, incluso, la arquitectónica epistémica de la institución universitaria al dividir el saber en esferas o parcelas presuntamente autónomas e incomunicadas entre sí... por doquier indagaremos, siempre hallaremos la huella o impronta donde se revela y testimonia la presencia de tales ingredientes óptico-espaciales en el diseño de las instituciones.

3-b) Pero más allá del simple diseño y perfil institucional, la preeminencia de lo óptico-espacial se proyecta sobre los propios valores que —tácita o expresamente— actúan como sostenes axiológicos en ellas. A tal respecto —si de alguna manera queremos filiar semejante herencia en la acuñación de los valores— debemos mencionar, como origen o fuente primigenia de la misma, a la doctrina platónica. Según sus cánones, los valores eran *ideas* (εἶδος, ἰδέα) y las *ideas* eran los correlatos de un *ver* (ἰδεῖν): aspectos, imágenes o torsos visibles (*species*) que de aquéllas se ofrecían a la vista.

De allí que al referirse al Bien —valor por antonomasia— Platón compare a éste con el sol... cuya luz, auxiliando al ojo, permite al órgano visivo realizar y cumplir su primordial finalidad. En forma semejante, el Bien, de cuya luz requiere el alma para ejercitar su conocer inteligible, es aquello que ilumina el reino donde moran las ideas, tornándolas resplandecientes y visibles.

Es por obra del Bien (αὐτὸ τὸ ἀγαθόν) —entendido bajo el símil de esta luz inteligible y esclareciente— que se vislumbran y divisan los restantes valores: lo bello (τὸ καλόν), lo justo (τὸ δίκαιον), incluso lo verdadero (τὸ ἀληθές)... puesto que es precisamente el Bien «lo que presta verdad a lo conocido y proporciona al cognoscente la fuerza para conocer». Τοῦτο τοῦνυ τὸ τὴν ἀλήθειαν παρέχον τοῖς γινωσκομένοις καὶ τῷ γινώσκοντι τὴν δύναμιν ἀποδιδόν τὴν τοῦ ἀγαθοῦ ἰδέαν φάσι εἶναι . (PLATÓN, *República*, Libro VI, 508 e).

Casi imposible sería encontrar —a lo largo de toda la historia de la filosofía— pasajes más reveladores que los citados para ilustrar y acreditar la preeminencia de los ingredientes ópticos en la conformación del pensar metafísico. De tal preeminencia, como es natural, se deriva asimismo la textura espacialiforme que impregna la significación y/o sentido de sus fundamentos, principios y conceptos, así como de todo aquello que, mediata o inmediatamente, se apoya en los mismos.

Nuestra ponencia, por sus naturales limitaciones, no puede ni debe —consciente de la involuntaria desmesura que ya ostenta— multiplicar los ejemplos ni proseguir la búsqueda. Lo que ahora se impone —a partir de lo dicho— es plantearse una pregunta: ¿qué destino le aguarda a semejante pensar —y, a partir del mismo, al lenguaje, a las instituciones humanas y a los propios valores— si aquellos ingredientes óptico-espaciales se ven cuestionados y superados por los avances de la meta-técnica?

III. Conclusión y Perspectivas

En semejante encrucijada vive y se debate nuestro tiempo. Del rumbo que frente a ella siga la humanidad... depende, a nuestro juicio, su presente y su futuro. Nos hallamos transitando un período de profundos e inesperados cambios cuyos significados y alcances —como es natural— no pueden ser todavía apprehendidos con total y lúcida conciencia.

Es más: nos encontramos en una situación parecida a la de los navegantes que, a finales del siglo XV y comienzos del XVI, no habían percibido aún la trascendencia de sus propios «descubrimientos». Perplejos y confusos, creían todavía que las nuevas tierras por ellos visitadas formaban parte del mundo conocido... sin percatarse de que su presencia encarnaba una emergente realidad que decretaría la inexorable quiebra de su propia concepción del mundo.

Así acontece hoy con la meta-técnica. No se trata, simplemente, de una nueva etapa de la técnica que pueda insertarse normalmente en el desarrollo experimentado por aquella como fruto de su paulatina evolución. Ella implica, por el contrario, al par del cambio y superación de las tradicionales características antropomórficas, antropocéntricas y geocéntricas prevalecientes hasta nuestros días, una radical sustitución de todos los fundamentos epistemológicos y ontológicos que sostenían al instituir humano —y, por ende, a la propia técnica— como exponentes de la racionalidad.

Pues ha sido la raíz noética de semejante racionalidad —y, por ende, la de su propio y preeminente instituir— la que se ha visto vulnerada con la creación de su máximo prodigio: el diseño y creación de un *logos meta-técnico* que niega y supera —al mismo tiempo— la ingénita finitud de aquella misma racionalidad.

Presente y futuro de la humanidad

Ello significa desde ahora —tal como se verá, aún más claramente, en los tiempos por venir— una lenta pero inexorable implantación de nuevas modalidades, horizontes y límites, en el despliegue de la racionalidad humana y transhumana... y, por supuesto, en las sintaxis de sus proyectos y gestas instituyentes. En algo tan aparentemente simple como esto —según pensamos— reposan los gérmenes del próximo futuro.